

DIÁLOGOS
DE LA MUERTE Y SU ESPEJO

PRÓLOGO

Cerca

porque en el aire de mi oído
florece un rumor blanco de nocturnas abejas.

Lejos

porque he corrido tras mi voz por hallarla,
fatigando instrumentos del metal a la espuma.

Cerca

porque me cercan —vallas empecinadas—
su cerrazón de agujas, sus bosques andariegos,
en lentos remolinos que enfrían mi cintura.

Lejos

porque mis ojos desenvueltos han ido
ensangrentando rocas y devorando espinas
por sus propios caminos más largos que los cielos.

Cerca

porque me siguen su calladas milicias
rozándome la nuca con alientos de plata
y cavando en el viento tumbas a mis palabras.

Cerca, cerca, muy cerca y eternamente lejos
—me he quebrado la carne para filtrar su lumbre—
en cerrados idiomas de pinares con nieve,
la fiel, la incorruptible, dialoga con su espejo.

DIÁLOGO I

—Amiga, estoy minado de hombres que me salpican
fraguas y ruiseñores desde su dura sangre.
Sus alientos flamean como lenguas de tigre
y domestican soles sus ojos vigilantes.

—*Ronda, ronda, mi arcángel, ronda, mi cazador.
Con dolor de raíces crece tu resplandor.*

—Estoy lleno de flores negras y amoratadas.
Los ríos se me clavan como aguijones vivos.
Trigales incendiados resbalan por mi carne
y me cruzan tropeles con los miembros partidos.

—*Gira, gira, mi arcángel. Alcánzame tu fuente
con punzante gemido de sumiso torrente.*

—Piénsame, amiga, librame de estas rosas que suben
sus ejércitos blandos hasta apagar mis filos.
Piénsame en ti. Me duelen estos calientes mundos.
Toca con tu mirada mi corazón caído.

—Ronda, ronda, mi arcángel de carnes cenicientas.
Devorador de lunas, gira y no te arrepientas.
Ya transcurre el olvido de los que en ti se miran.
Jardines y rebaños vienen entre la niebla.
Vive, mi tembloroso lleno de tempestades,
mientras pulo y afino mis sentidos de piedra.

—Mi silencio con uñas les anega el oído
lleno de alondras muertas y flautas enmohecidas.
Mira sus blancos pechos de lirio castigado,
donde lloran borradas abejas de neblina.

*—Te invade un resplandor de fieros amarantos.
Con su más alta sangre mojan sus turbios cantos.
Oh, mi rebelde arcángel, cazador sin orillas,
estás lleno de espuma de hierro, piedra y nube.
Una extraña tormenta que ignora Dios, avanza
y cae en ti buscando mi fugitiva cumbre.*

DIÁLOGO III

—Barcos hundidos, lechos entre llovizna y humo.
Ceniza en la mirada, ceniza en el aliento.
Trepando por los torsos vestidos de inocencia,
conduce la ceniza sus escuadrones secos.

—*En mi sed es la bora de la flor: yo la siento
entreabrir su pradēra de pozos en mi acento.*

—Un querubín de jaspe duerme bajo las olas;
delgados peces rojos emigran de su pecho.
Todavía en su boca, piedra de la sorpresa,
permanecen y alumbran fijas curvas de besos.

—*Sí, pide el mar a gritos ojos para llorar.
Entre las aguas busca sus lágrimas el mar.*

—...Esas manos sonríen. Aquellos pies anclados
soportan las roedoras crecientes de la tierra.
Con un tallo de leche marchito entre los labios
éste, que te ignoraba, castiga tus tinieblas.

—*Calla, mi sensitivo cazador lastimado,
rama de mi deseo, ángel desventurado.
¿No me ves, pordiosera de tus morrales turbios?
Dime, si puedes, ¿dónde mi amor no dará frío?
Yo que tengo las llaves de toda soledad,
mi soledad sin puertas eternamente miro.*

DIÁLOGO IV

—...Esa mujer que lleva ciudades en el pecho...
Me atormentan sus huesos como brasas de nardo.
Su voz escapa y vuela libre sobre mi frente,
y en su garganta gritan niños amedrentados.

—*Arrójale tu soplo de habchas pulverizadas.
Caigan en mí sus pájaros, músicas coaguladas.*

—Ella corre cercada por mis perros de estaño,
pero su piel desprende dominios de lucero.
Ya me rozan sus finos jardines burladores,
ya hielo sus espaldas, ya enfrió sus cabellos.

—*En mi tiniebla un bueco abre su flor de invierno
con la medida de su relámpago tierno.*

—Amiga, me combate toda la luz del mundo.
El mar me arroja sombras verdes y duros truenos.
¡Qué tumulto de arroyos, mariposas y llamas!
¡Qué aliento de manzanos funde mis ventisqueros!

—*Te necesito, arcángel: yo soy la solitaria
que encona y apacigua su hambre milenaria.
Gira sobre la tierra; tu luz sin horas hierde
en sorda cacería mis ariscos rebaños.
Tantos gemidos, tantos mares de sal caliente,
para que yo devore mi manjar reflejado.*

EPÍLOGO

Cerca
porque su voz contra mis sienas
blande culebras de agua, rosas y ramas secas.

Lejos
porque mi oído se detiene entre nubes,
viajero sorprendido sobre puentes quebrados.

Cerca
porque las luces de su pausado espejo
prueban melladas hojas en mi espalda desnuda
y agobian con relámpagos mi desvalida sombra.

ÍNDICE

	Pág.
PRÓLOGO, por <i>Pablo Neruda</i>	7
I S L A S	
Isla en la tierra	13
Isla en el mar	15
Isla en la luz	17
L I R A S	
I.	21
II.	23
III.	25
IV.	27
V.	29
VI.	31
VII.	33
VIII.	35
IX.	37
DIÁLOGOS DE LA MUERTE Y SU ESPEJO	
Prólogo	41
Diálogo I	43
Diálogo II	45
Diálogo III	47
Diálogo IV	49
Epilogo	51